
De Manchester a Lagos

Deyan Sudjic: *El lenguaje de las ciudades*. Traducción de Ana Herrera. Barcelona: Ariel, 2017, 272 pp.

La ciudad nos acompaña desde los albores de la civilización, cuando dejamos de ser nómadas y comenzamos a vivir de manera estable unos al lado de los otros. Desde entonces, la urbe ha sido un elemento clave en la expansión de nuestra especie, porque el desarrollo económico sólo es posible en ciudades en las que desconocidos intercambian bienes y servicios. Sólo los seres humanos disponen de los mitos y de las herramientas culturales que permiten este tipo de relaciones de cooperación. El proceso de triunfo de la ciudad ha sido lento y hasta la llegada de la modernidad no hemos asumido que el futuro estaba escrito en sus calles: si en 1900 había solo 16 ciudades con más de un millón de habitantes, a principios del milenio la cifra ascendía ya a más de cuatrocientas. En este último siglo los hombres dejamos de ser rurales, seres que vivían en entornos estrechos de los que no era posible desligarse, para pasar a ser urbanos, habitantes de un ecosistema en el que, si se desea, es posible separarse del entorno.

Pese a esta importancia, la ciudad sigue siendo una gran desconocida y aunque todo ocurre ya en ellas, cada vez entendemos menos estas estructuras tan complejas como fascinantes. Es como si el concepto se nos escapara de entre las manos, como la arena en la playa, cada vez que nos acercamos. Reflexionar sobre la ciudad es hacerlo también sobre nosotros mismos, sobre nuestros temores y nuestras obsesiones, y por eso no es extraño que en los últimos años el debate sobre la ciudad y su evolución haya superado el ámbito académico y profesional para llegar al gran público. Se trata de un análisis, que, además, se ha visto complementado con al menos dos debates que de manera lateral enriquecen este proceso de pensamiento sobre la ciudad. El primero es el que hace referencia a la cuarta revolución industrial en la que nos hallamos inmersos: una revolución basada en la digitalización y que no se ve, que no se nota, pero que

está cambiando el mundo con la misma profundidad y rapidez que lo hizo Internet hace veinte años. Así, por ejemplo, las tecnologías basadas en *blockchain* abaratan la confianza y permiten oportunidades de negocio impensables hasta hace pocos años. El segundo de estos debates está relacionado con la progresiva debilitación del Estado nación, la ficción política más exitosa de los últimos dos siglos, con la emergencia de actores supra o subestatales, como pueden ser la Unión Europea o las regiones, en los primeros planos de la agenda política mundial.

En este contexto se publicó hace pocos meses en España un ensayo de Deyan Sudjic, director del Museo del Diseño de Londres y una de las voces más reputadas en el ámbito de las ciudades y el urbanismo del tiempo actual. Un libro ameno, bien editado y escrito con ese estilo tan británico que mezcla de manera sabia el rigor con la claridad expositiva, y en el que se hace un repaso por el pasado y el presente de la ciudad analizando los retos a los que se enfrenta el mundo urbano en la actualidad. A lo largo del repaso se plantean preguntas que llevamos décadas haciéndonos: ¿Qué es en realidad una ciudad? ¿Qué marca su éxito o declive? ¿Cómo podemos convertir en exitoso un relato urbano? A través de ejemplos icónicos, Sudjic lleva al lector de la mano por un viaje panorámico sobre las ciudades y desarrolla un conjunto de tesis de las que es posible disentir, pero difícilmente se pueden ignorar.

El libro aborda diversos aspectos, definición, crecimiento, cambios, gobierno... El autor liga el proceso de nacimiento de la ciudad al poder, analizando ejemplos que se han convertido en paradigmáticos: desde Tel Aviv hasta Brasilia, pasando por Estambul. Pero de acuerdo con su tesis, no basta con la decisión del poder, porque la clave no es que las personas tengan que ir a la ciudad, sino que quieran ir porque allí van a encontrar oportunidades de las que carecen en sus lugares de origen. En este sentido, hay elementos que los europeos damos por descontados pero que son claves para una ciudad y su éxito, nos recuerda Sudjic: ahí están las anónimas aceras, por ejemplo, tan importantes porque permiten encuentros casuales entre peatones. O los planos, que democratizan la ciudad al permitir saber a todos dónde se ubica cada elemento: no se ría el lector porque, como podemos leer en el libro, en la China comunista de Mao no se publicaban mapas de Pekín para que los ciudadanos no pudieran mo-

verse con criterio por la ciudad. Es interesante, en este repaso histórico, el análisis que se realiza del papel que jugó Manchester en el siglo XIX para construir el imaginario de la ciudad moderna. Se configuró como un modelo en plena revolución industrial, ya que fue la primera urbe que se estructuró como lo que hoy conocemos como *ciudad donut*, con un centro industrial y unos trabajadores que se iban a las afueras a vivir. Fue ahí, además, donde los ricos dejaron de vivir encima de sus negocios, como había pasado en toda Europa hasta entonces, y empezaron a separar sus negocios y residencias.

La lectura del libro nos enseña que el presente de las ciudades es ambiguo. La ciudad refleja lo mejor y lo peor de la modernidad. Bajo un haz de oportunidad hay un envés en forma de soledad. En este transcurrir diario, hay que tener cuidado con el optimismo de la planificación. Las ciudades ni se diseñan desde una mesa de arquitecto ni se gobiernan desde un despacho, aunque es verdad que las cosas están cambiando y el libro nos muestra el caso de Broadgate o de Canary Wharf para recordárnoslo. Ambos barrios londinenses son el paradigma de cambio de un barrio de la ciudad desplazando su centro de gravedad, a costa de privatizar todo el espacio público. En sus calles no se permiten las manifestaciones, ni las filmaciones sin permiso de la propiedad, porque sus aceras no son públicas y no pertenecen por tanto al común de los vecinos. Se trata de un ejemplo muy pertinente, porque la forma en la que se articulan las ciudades, sobre todo a partir del siglo XIX, tiene consecuencias. Robert Putnam señaló hace años que la extensión de un urbanismo disperso en los Estados Unidos genera un modelo que obliga a pasar mucho tiempo en trayectos que se realizan en su mayoría en soledad. Esa es una causa relevante del declive del capital social en aquel país.

De acuerdo con el autor, otro elemento constitutivo de la ciudad es la multitud. Sin masas de gentes heterogéneas y con lógicas divergentes no podemos hablar de un espacio urbano real. Junto a esa multitud, son los espacios públicos, el capital social y unas instituciones sólidas, las que ayudan a convertir una ciudad en un caso de éxito, pero teniendo en cuenta que toda urbe necesita espacio para lo inesperado, los *cisnes negros*. En última instancia, el clima creativo marca el ocaso o el cenit de una ciudad. Éxito no es tener museos, es llenarlos. De la lectura del libro es

fácil colegir que pensar que toda esta complejidad va a poder ser bien gestionada por un solo actor, como puede ser su Ayuntamiento, es un pensamiento iluso.

Es interesante también el análisis que el autor realiza sobre el futuro de las ciudades, un futuro que supone ligado al papel que los Estados nación sigan jugando en las próximas décadas. Parece que las *ciudades-Estado* han vuelto para quedarse y se están configurando como centros con un importante nivel de decisión y con capacidad de oponerse a las políticas de sus Estados, casos de Hong Kong, Shanghai o Bangalore. Pero esta relación es compleja y atormentada, como señala Sudjic, porque el resto de territorios que forman parte del país no asumen esta autonomía con indiferencia. Se puede leer el Brexit como un voto de castigo de la Inglaterra rural contra la cosmopolita Londres, en la que tres de cada cuatro electores votaron a favor de la permanencia. Del mismo modo, el carácter minoritario del voto a Le Pen en París demuestra lo desconectadas que empiezan a estar las metrópolis de sus ámbitos circundantes. El análisis de ejemplos como el de Los Ángeles o Las Vegas, tan presentes en la cultura popular como alejadas del canon urbanístico, muestra que quizás las ciudades del futuro sean más diferentes de las actuales de lo que estamos dispuestos a asumir. No en vano el autor propone a Lagos, en Nigeria, como un ejemplo de las metrópolis que vienen: espacios gobernados por lógicas difusas, atractivas cultural y económicamente, pero que no pueden verse como algo coherente e integrado en su totalidad, ya que sus límites serán borrosos y las identidades de sus ciudadanos múltiples.

Entre los elementos que se echan a faltar en el libro están las referencias a la aportación del mundo hispánico a la ciudad. A principios del siglo XVII, la monarquía española había fundado más de 200 ciudades fuera de Europa. Muchas de ellas con sus hospitales, universidades y los atributos que hoy consideramos fundamentos urbanos. Sin tener estos elementos en cuenta, que son el reflejo del proceso conquistador español en América y en el resto del mundo como modelo de creación de ciudades, es complicado entender el papel que algunas han jugado después en la arena mundial.

Tampoco se detiene demasiado el autor en analizar las consecuencias de que la tecnología vuelva de nuevo a considerar que el problema de la

ciudad es un problema de conocimiento, y que acumulando suficiente número de datos se puede gobernar una metrópoli, como se muestra en esos delirantes cuadros de mandos que las empresas insisten en vender a incautos gobiernos locales. La transformación digital nos trae de nuevo una promesa de simplificación a través de la tecnología que volverá a fracasar. La resolución de los problemas sociales, o la generación de oportunidades que amplifiquen las posibilidades que brinda una comunidad, no puede delegarse en la tecnología. España, por ejemplo, que cuenta con grandes desarrollos tecnológicos en ciudades inteligentes, es más reconocida por la política pública con la que aborda estos temas que por las herramientas tecnológicas con las que la implanta. Porque una ciudad no es sólo un conjunto de calles o de edificios, tal y como recuerda el autor cuando analiza el fracaso del EPCOT (MA) de Walt Disney en los años sesenta. En una de sus metáforas más brillantes, Sudjic señala que, al igual que en la inteligencia artificial es la combinación de ingentes redes de neuronas lo que da sentido al conjunto, son las decenas de miles de interacciones que hay a diario en las ciudades las que permiten hablar de ciudad en sentido estricto. Un elemento clave es, por lo tanto, la complejidad y dentro de ella, la diversidad, atributos claves para entender qué es hoy una ciudad exitosa. Porque la capacidad que la ciudad tiene para atraer talento diverso y generar espacios de libertad no ha sido superada por ninguna otra creación humana. Este es un elemento esencial para hacer felices a los ciudadanos. Estas cualidades se nos han grabado tan a fondo a todos en la modernidad que a estas alturas, como escribió el poeta Claudio Rodríguez, *«todos llevamos una ciudad dentro»*.—MANUEL MOSTAZA BARRIOS